



tierras de cristianos. Recelóse el conde de aperejos tan grandes; llamó la gente de todo su estado á la guerra, y alistó todos los que tenían edad á propósito para tomar armas; y como quier que todavía el ejército fuese menor que el peligro que amenazaba, cuidadoso del suceso de la guerra, en una junta de capitanes que tuvo en el pueblo de Muñon, consultó lo que se debía hacer. Los pareceres fueron varios, como acontece que en grande peligro y miedo, ordinariamente cada uno habla conforme á quien es. Los más atrevidos querían que se hiciese la guerra; otros, que recogidas las provisiones y alzadas en lugares seguros, se entretuviesen hasta tanto que las fuerzas de los bárbaros, que tienen grande ímpetu, con la tardanza se enflaqueciesen.

Gonzalo Diaz, hombre principal, pretendía que aún sería bien comprar de los moros las treguas por dinero, sin cuidar de la honra, como suele acontecer cuando prevalece el miedo, que la sábia cobardía puede más que la honrada vergüenza. «Por ventura (dice) á tan grande ejército y tan experimentado opondrémos el pequeño número de los nuestros, y locamente nos despeñarémos en tan clara perdición? ¿No miras que en el suceso y trance de una batalla consiste el peligro de toda la cristiandad, pues en tu tierra se hace la guerra? Si venciéremos, el provecho será poco; si fuéremos vencidos, será forzoso que la provincia, desnuda de fuerzas y vencida, del miedo venga (lo que Dios no quiera) en poder de los enemigos. Mira no sea perder en un punto y en un momento las ciudades y pueblos ganados en tantos siglos y con tanta sangre de cristianos; lo que los venideros digan no fué esfuerzo, sino locura, como ordinariamente los consejos atrevidos tienen la fama según lo que dellos resulta, y conforme á sus remates se juzga dellos. Considera otrosí que muchas veces es de mayor esfuerzo refrenar el ánimo con la razón, que con las armas vencer á los enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, el recato es oficio muy propio de grandes varones. ¿Y qué cosa puede ser más temeraria que por un vano deseo de alabanza y honra poner en cierto y grave peligro las

cosas sagradas, la patria, las mujeres y hijos, y toda la religion? Tú haz lo que juzgares ser mejor, que también yo no rehusaré de ponerme á cualquier trance por tu mandado; pero de mí parecer nunca, con tan grande peligro y riesgo de todo, te pondrás, señor, al trance de la batalla.»

El conde no ignoraba que el parecer de Gonzalo Diaz era de otros muchos que hablaban por la boca de uno, pero prevaleció el deseo de la honra y reputacion. Así, como razonase largamente de las fuerzas de los suyos, de la ayuda divina, de la gloria ganada, que tenía por más grave que la muerte amancillarla con alguna muestra de cobardía, y los demas, quién de verdad, quién fingidamente, alabasen su parecer y se conformasen con él, hechos sus votos y plegarias, movieron contra el enemigo, que tenía sus reales cerca de la villa de Lara. No vinieron luego á las manos; el conde, cierto dia salió por su recreacion á caza, y en seguimiento de un jabalí se apartó de la gente que le acompañaba. En el monte, cerca de allí, una ermita de obra antigua se veía cubierta de hiedra, y un altar con nombre del apóstol San Pedro. Un hombre santo, llamado Pelagio ó Pelayo, con dos compañeros, deseoso de vida sosegada, habia escogido aquel lugar para su morada. La subida era agria, el camino estrecho, la fiera acosada, como á sagrado, se recogió á la ermita. El conde, movido de la devocion del lugar, no la quiso herir; y puesto de rodillas, pedía con grande humildad el ayuda de Dios. Vino luego Pelayo, hizo su mesura al conde; él, por ser ya tarde, hizo allí noche; y cenado que hobo lo poco que le dieron, la pasó en oracion y lágrimas. Con el sol le avisó Pelayo su huésped del suceso de la guerra; que saldria con la victoria, y en señal desto, ántes de la pelea, se veria un extraño caso. Volvió con tanto alegre á los suyos, que estaban cuidadosos de su salud; declaró todo lo que pasaba. Encendiéronse los ánimos de los soldados á la pelea, que estaban atemorizados. Ordenáronse sus haces para pelear; al punto que querian acometer, un caballero, que algunos llaman Pero Gonzalez de la Puente de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelan-

CAPÍTULO XXII

De D. Ordoño III deste nombre, rey de Leon.

Muerto el rey D. Ramiro, D. Ordoño, su hijo, heredó el reino de Leon. Era hombre de gran corazon; tenía gran ejercicio en las armas, prudencia singular en el gobierno. La brevedad de la vida, ca solamente reinó cinco años y siete meses, hizo que no pudiese ejercitar por largo tiempo las virtudes de que su buen natural daba muestras. Al principio don Sancho, su hermano, ó por deseo de reinar, ó irritado por algun agravio, como es más verosímil, fué causa que las armas de Garcí Sanchez, rey de Navarra, su tío, y las del conde Fernan Gonzalez, á su persuasion se moviesen en daño de D. Ordoño, sin tener ninguna cuenta con el amor que á su hermano debía. El deseo de reinar y el dolor del agravio, ambos males tienen gran fuerza. Juntas las gentes de Navarra y de Castilla, entraron por las tierras del rey de Leon, que por estar desapercibido y poco confiado de la voluntad de los suyos en aquella discordia civil, determinó de fortificarse en algunas plazas fuertes por su sitio ó por las murallas, sin venir á la batalla. Los enemigos, sosegado el furor con que entraron y juzgando que era sin propósito hacer la guerra tanto tiempo en provecho ajeno y con su peligro, sin hacer efecto de momento se volvieron á sus tierras. D. Ordoño, con deseo de satisfa-

cerse del conde, que sin tener respeto al deudo habia juntado sus fuerzas con su hermano y tío para su daño, sin dilacion repudió á Doña Urraca, hija del conde, y casó con Doña Elvira, que tales eran las costumbres de aquella era. Deste nuevo matrimonio nació D. Bermudo, el que algunos años adelante, mudadas las cosas y trocadas, finalmente alcanzó el reino de su padre.

Las alteraciones de los gallegos, movidos á lo que se entiende por aficion que tenían á don Sancho, fueron en breve por las armas y diligencia de D. Ordoño sosegadas. Y para que el provecho fuese mayor, con sus gentes entró dando por todas partes el gasto á los campos en aquella parte de la Lusitania que estaba sujeta á los moros; llegó hasta Lisboa, dende se volvió á su tierra. Por el mismo tiempo, Fernan Gonzalez, conde de Castilla, con una entrada que hizo por tierra de moros, se apoderó del castillo de Carranzo, echada de allí la guarnicion morisca que tenía. No con menor diligencia Abderrahman, rey de Córdoba, aunque de grande edad, enemigo de toda insolencia, juntado un grueso ejército en que se contaban 80.000 combatientes, mandó á Almanzor Alagib (que es tanto como virey), capitán de gran nombre, acometiese con gran furia las



se, se fué á las Astúrias: tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí, con la misma desconfianza pasó á las tierras del conde su suegro. Á los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra el que huye. Donde pensaba hallar refugio, allí quitándole la mujer por su cobardía fué desechado. Recogióse á los moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba.

En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. D. Vela, uno de los nietos y descendientes del otro Vela que dijimos, tuvo el señorío de Álava; allí y en la parte comarcana de Castilla tenía grande jurisdicción. Éste, feroz por la edad, y confiado por los parientes, riquezas y aliados, que tenía muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El conde no sufría ninguna demasia, acudió asimismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dejalos reposar en ninguna, hasta tanto que los puso por necesidad de hacer recurso á los moros, dejada la patria, que fué ocasion de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor, ó á ruegos y persuasion destos foragidos, ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso ejército, entró en tierras de Castilla, espantoso y airado contra los nuestros. El conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo su huésped de camino, pasó por su ermita: halló que era ya muerto. Aquejado con el cuidado de lo que le sucedería, entre sueños le apareció Pelayo y le certificó que sería vencedor; confiado por ende en la ayuda de Dios, fuése á la guerra sin recelo, y en pudiendo diese á los moros la batalla.

La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes, cuanto nunca ántes mayor: los bárbaros confiaban en su muchedumbre, los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo con la ayuda de Dios, dado que eran pocos para tan grande morisma, conviene á saber, cuatrocientos cincuenta de á caballo, quince mil infantes; pero muy valientes en el

pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el apóstol Santiago fué visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamas: por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance, y ejecutaron la victoria en los que huían. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embajadores los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los cristianos eran librados de presente de un grave peligro, y para adelante de no ménos miedo. En particular D. Sancho, rey de Leon, con una muy noble embajada que le envió, despues de alegrarse con él, le pedia que por cuanto trataba de juntar Córtes de todo su reino para consultar cosas muy graves, no se excusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fué esta demanda pesada al conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las Córtes no fuese engañado de aquel rey astuto, ca sospechaba que no debia estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado acompañado de gran número de sus grandes. Supo el rey su venida, y para más honrarle le salió á recibir.

Tuviéronse estas Córtes el año novecientos cincuenta y ocho, en las cuales no se sabe qué cosas tratasen. Sólo refieren que el conde vendió al rey por gran precio un caballo y un azor de grande excelencia, por no querer recibillos de gracia como se los ofrecia, y que se puso una condicion en la venta, que caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase se doblase la paga. Demas desto, por astucia de la reina viuda doña Teresa, que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que doña Sancha su hermana casase con el conde, la cual estaba en poder de don García, hermano de las dos, rey de Navarra: era ya doña Urraca muerta, la primera mujer del conde. Entendia que por fuerza no aprovecharia nada, y el rey D. Sancho no queria



abiertamente faltar en su fe, determinaron de poner asechanzas al conde, y usar en lugar de armas de la deslealtad de los navarros. No sabia estos meneos y tramas el rey Garci Sanchez; y así con deseo de vengar las injurias pasadas no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El conde, vuelto á su tierra, le amonestó por sus embajadores hiciese emienda de los daños hechos, que de otra guisa no podria excusarse de mirar por los suyos y satisficelles sus agravios.

Con esta embajada parece se abria la guerra: de lance en lance vinieron á las armas. Juntaron sus huestes: dióse en breve la batalla, en que el conde salió vencedor. En esta guerra, Lope Diaz, señor de Vizcaya, como cuentan las historias de aquella gente, ayudó al conde en esta jornada. Dicen fué hijo de Iñigo Ezquerria, biznieta de Zuria, que fué antiguamente señor de Vizcaya. Despues desta victoria, hechas las paces, el conde Fernan Gonzalez, conforme á lo que se capituló, fué á Navarra con acompañamiento de gente desarmada como para bodas y fiestas. La cosa daba muestra de alegría y seguridad más que de miedo: con todo eso fué preso por el rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y con armas. Desta prision fué librado por astucia de doña Sancha, por cuyo amor cayera en aquel trabajo, y con ella huyó á su tierra. Encontraron con él los soldados castellanos en la frontera de Castilla, y en aquella parte de la Rioja, do despues se edificó el pueblo de Villorado, que iban juramentados de no volver á sus casas ántes que el conde recobrase su libertad. Fueron grandes las muestras de alegría y regocijo de ambas las partes, del conde y de sus buenos vasallos.

Llegados á Búrgos, se celebraron las bodas. El rey de Navarra, engañado por la astucia de su hermana, se apercebía para la guerra. El conde no rehusó la batalla, que se dió á las fronteras de Castilla y de Navarra. Fué el rey vencido, y vino en poder de su enemigo el año novecientos cincuenta y nueve. El mismo año, que fué el de los árabes trescientos cincuenta, Abderrahman, rey de Córdoba, murió siendo muy viejo: poco ántes que muriese le envió

una magnífica embajada el rey D. Sancho de Leon. El principal de los embajadores, que era Velasco, obispo de Leon, le pidió por el derecho de la amistad que ántes tenían asentada entre los dos, le enviase el cuerpo del mártir Pelagio, que lo tendria por singular beneficio. Abderrahman no quiso venir en lo que se le pedia; pero no mucho despues lo concedió Alhaca, su hijo y sucesor, el cual, por la muerte de su padre, reinó diez y siete años y dos meses; y con deseo de la paz á que era inclinado, pretendia hacer placer y cortesía á los príncipes comarcanos.

D. García, rey de Navarra, despues que estuvo preso en Búrgos trece meses, fué restituido en su libertad. Las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los otros príncipes aplacaron el ánimo airado del conde. La reina doña Teresa, mujer de ánimo feroz, por no habelle sucedido como pretendia el engaño que tenía urdido contra el conde de Castilla, se determinó armalle nuevos lazos. Persuadió á D. Sancho su hijo, rey de Leon, llamase al conde á las córtes generales del reino, con voz que queria en ellas tratar de los negocios más graves de su estado. Fué él contra su voluntad porque sospechaba engaño: el rey no le salió á recibir como ántes, y puesto de rodillas para besar como era de costumbre su real mano, con palabras afrentosas, desechándole de sí, mandó ponerle en prision. Por esta causa gran tristeza y lloro entró en los ánimos de los buenos vasallos del conde. Doña Sancha, hembra varonil y de ingenio astuto, con deseo de librar á su marido, se aprovechó desta maña. Finge que quiere ir en romería á Santiago; era el camino por Leon donde tenían el conde preso: el rey, avisado de su venida, como á tan noble dueña y tia suya, la salió á recibir y la hospedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido: no podia ser cosa más honesta ni más justa que el deseo que mostraba de consolarle. Permitió el rey que aquella noche se quedase con él: á la mañana, ántes que fuese bien claro, el conde, vestido de las ropas de su mujer, como si ella fuera, salió de la cárcel, y en un caballo, que para esto tenían aprestado, se fué á su



tierra. Doña Sancha, desde la cárcel en que se quedó en vez de su marido, avisó al rey como el conde era huido, que perdonase á ella como á persona de sangre real y deuda suya: que no era justo rehusar algún peligro por causa de su marido y por salvalle; lo que por esta causa habia hecho, era digno, si no de loa, á lo ménos de perdon: que la principal virtud de los reyes consiste en levantar á los miserables y caidos. El rey dolióse al principio del engaño, despues sosegada la saña con la razon, alabó la piedad y el valor de aquella señora, su astucia y la constancia de su ánimo: en conclusion, honrándola con muchas palabras, mandó fuese llevada á su marido con grande acompañamiento.

El conde, alegre por lo sucedido, dado que pudiera romper la guerra contra aquel rey como contra el enemigo, contentóse con pedirle lo que por el caballo y el azor se le debía. Habia crecido grandemente la deuda por la dilacion. Como no le pagasen, talaba los campos de los leoneses sin desistir de hacer mal y daño hasta tanto que el rey envió sus contadores para hacer la paga enteramente. Llegados á cuenta, hallaron que no bastaban los tesoros reales para pagar. Concertóse que, en recompensa de la deuda, Castilla quedase libre sin reconocer adelante vasallaje á los reyes de Leon. Este asiento dicen que se tomó año de nuestra salvacion de novecientos sesenta y cinco. En el mismo año un grueso ejército de moros rompió por el reino y puso cerco á Leon, mas fueron por el esfuerzo de la guarnicion y ciudadanos rechazados con grave daño. Del Océano grandes llamas, causadas á lo que se entiende de algun aspecto maligno de las estrellas, se derramaron sobre las tierras cercanas, y hasta Zamora (tanto cundieron), abrasaron muchos pueblos y campos; anuncio de mayores males, segun que el pueblo lo pronosticaba. D. Garci Sanchez, rey de Navarra, falleció el año siguiente de novecientos sesenta y seis: dejó de su mujer doña Teresa á D. Sancho y D. Ramiro, asimismo tres hijas, á doña Urraca, doña Hermenesilda y doña Teresa. En qué parte haya sido enterrado no se sabe: algunos sospechan que en el monasterio de San

Salvador de Leyre. El cronicon Albeldense dice que en el castillo de Santistéban, lo cual tengo por más cierto.

El reino se dió á D. Sancho Garcia, hijo del difunto, y junto con él á D. Ramiro su hermano; si dividido, ó como á compañeros y de igual poder, no se declara; lo que se averigua por el dicho cronicon Albeldense (que se escribió por este mismo tiempo) es que reinó D. Ramiro más de diez años: no parece fué casado, por lo ménos que murió sin sucesion hay grandes conjeturas, certidumbre ninguna. Don Sancho, que se intitulaba, como se ve por los privilegios antiguos, rey de Pamplona, Nájara y Álava, tuvo el reino veintisiete años, sin saberse dél otra cosa digna de memoria por de cuido de los escritores de aquel tiempo. Sólo consta que añadió á su reino el señorío de Vizcaya, y á Nájara, que en aquel tiempo era la ciudad principal y silla de aquel estado. Da muestra que fué amigo de aumentar el culto divino, la grande liberalidad con que dió diversos campos y pueblos al monasterio de San Salvador de Leyre, al de San Millan en Nájara y al de San Juan de la Peña. Su mujer se llamó doña Urraca, de quien tuvo á D. Garci Sanchez su hijo, llamado Trémulo, porque solia al principio de la pelea temblar más que parece sufría el grande ejercicio que tenía de las armas y la dignidad real, vicio y falta de su natural, que solia recompensar con notables hazañas; luégo que entraba en la pelea y en calor, cumplia con lo que debía á buen soldado y prudente capitán.

En Galicia hobo nuevos bullicios por estar aquella provincia dividida en parcialidades muy fuera de sazón, pues tenian tanto que hacer en la guerra de los moros. La causa destos alborotos no se refiere, sólo dicen que por diligencia del rey fueron en breve sosegados estos movimientos: castigó algunos de los alborotados, otros fueron echados y desterrados á aquella parte de la Lusitania que estaba en poder del rey, como á frontera. Tenia el gobierno de aquella tierra un cierto conde, llamado Gonzalo, hombre mal intencionado. Éste, en defensa de los desterrados, por ser de su parcialidad, tomó las armas contra el rey y llegó



con ellas hasta la ribera de Duero; allí, desconfiado de las fuerzas, acordó valerse de engaño; alcanzó perdon de lo hecho por ruegos muy grandes. Habia sido muy familiar del rey en otro tiempo: recibióle en el mismo lugar y grado que ántes; con que tuvo comodidad de dar al rey una manzana emponzoñada con hierbas mortales: la fuerza del veneno, luégo que la comió, se derramó por las venas y co-

menzó á apoderarse de las partes vitales. Mandóse llevar á Leon, pero desahuciado de los médicos rindió el alma ántes de llegar, cerca de aquella ciudad, tres dias despues que le emponzoñaron, el año de novecientos sesenta y siete. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Salvador de Leon. Reinó por espacio de doce años.

CAPITULO XXIV